

ANA MARÍA MATUTE, UN MERECIDO «CERVANTES 2010»

Gloria Hervás

*Profesora asociada de la Universidad Complutense de Madrid.
Profesora de Enseñanza Secundaria*

El 24 de noviembre del recién terminado año 2010, Ana María Matute, digna octogenaria y escritora excepcional, recibió el Premio Cervantes, uno de los pocos galardones literarios que aún no había obtenido, y el más importante de los que se ha hecho merecedora por su dilatada labor en nuestras letras.

El primero de ellos fue el del Café Gijón en 1952 con *Fiesta al noroeste*. Después vinieron el Planeta (1954) con



Ana María Matute, con sólo 17 años escribe su primera novela, *Pequeño teatro*.

Pequeño teatro; el de la Crítica (1958) y el Nacional de Literatura (1959) con *Los hijos muertos*; el Nadal (1959) con *Primera memoria*; el Fastenrath de la Real Academia Española (1962) con *Los soldados lloran de noche*; el Nacional de literatura infantil (1965) por *El polizón de Ulises*; el Ciutat de Barcelona (1966) por el relato *El verdadero final de la Bella Durmiente*; el Nacional de literatura infantil y juvenil (1984) con *Solo un pie descalzo*; y el Premio Nacional de la Letras Españolas (2007) al conjunto de su labor literaria. Incluso fue propuesta para el Nobel. Sus obras han sido traducidas a más de veinte lenguas lo que supone el reconocimiento internacional de las mismas. Tan extenso número de premios se corresponden con una trayectoria vital y literaria también extensas como veremos a continuación.

Ana María Matute nació en Barcelona en 1925. Hija de una familia burguesa, de padre catalán y madre castellana, es la segunda de cinco hermanos. Por necesidades del negocio de su padre, la familia tuvo que pasar largas temporadas en Madrid cada año lo que provoca en la autora cierto desarraigo.

Cuando Ana María Matute tenía cuatro años cae gravemente enferma. Por dicha razón, su familia la lleva a vivir con sus abuelos en Mansilla de la Sierra, un pueblo pequeño en las montañas riojanas. Matute dice que la gente de aquel pueblo le influyó profundamente. Dicha influencia puede ser vista en el libro de relatos *Historias de la Artámila*, la cual trata de personas que Matute conoció en Mansilla. *Artámila* (recreación literaria de este pueblo) es un espacio verdaderamente mítico para Matute, pues significa, por un lado, su contacto con el universo campesino, con su cultura y su libertad, y, por otro, es el espacio de su infancia que se ha mitificado en el recuerdo y se ha ido transformando en imágenes simbólicas.

Su afición a la literatura es muy temprana; la autora todavía recuerda que fueron las lecturas de los cuentos de los hermanos Grimm y de Andersen las que la animaron a probar suerte en el terreno de la narrativa, aunque también hubo otras influencias directas de cuentos orales en el ámbito doméstico. A los cinco años escribe un cuento y lo ilustra; a los diez compone una revista en la que da muestra de sus actitudes para la narración y el dibujo. Con solo diecisiete años escribe su primera novela *Pequeño teatro*, que pretende ser una representación, algo paró-

dica, de la vida humana, y con la que atrae la atención de Ignacio Agustí, que le ofrece un contrato. Pero la obra no se publica hasta que gana con ella el Premio Planeta en 1954.

Prácticamente toda la producción de Ana María Matute se concentra entre 1948 y 1971. Después de publicar *La torre vigía* sufre una fuerte depresión que le lleva a abandonar la literatura y a retirarse de la vida pública. Reaparece en 1991 con *La Virgen de Antioquia y otros relatos*.

Ha viajado por muchos países, a menudo para dar cursos y conferencias. Especialmente intensa ha sido su actividad en las universidades norteamericanas como la de Oklahoma y la de Boston; en esta última conservan sus manuscritos en la colección «Ana María Matute». Además, pertenece a la Hispanic Society of América.

En 1996 fue elegida miembro de la Real Academia convirtiéndose así en la tercera mujer en ocupar un sillón en esta Institución (curiosamente, también ha sido la tercera mujer en recibir el Premio Cervantes); leyó su discurso de ingreso en diciembre de 1997. De este discurso, titulado *En el bosque*, se pueden extraer las siguientes palabras que son clave para entender su obra: «El bosque es para mí, el mundo de la imaginación, de la fantasía, del ensueño, pero también de la propia literatura y, a fin de cuentas, de la palabra»

Los Abel es la primera novela de la autora; se publicó en 1948. Con el mito cainita (tema casi obsesivo de la novelista) como telón de fondo, y en medio de un bronco ambiente rural, se narra la historia de los siete hijos de una familia burguesa venida a menos, dos de los cuales, Tito y Aldo, muestran una rivalidad que acaba en un crimen fratricida. La novela refleja la atmósfera española inmediatamente posterior a la guerra civil, enfoque que se mantendrá constante a lo largo de la primera producción novelística de Ana María Matute y que fue común a otros representantes de su generación, la de «los niños de la guerra» o «de los niños asombrados».

La segunda novela publicada, *Fiesta al noroeste* (1953), vuelve a las asperezas del mundo rural y al enfrentamiento entre hermanos. Para algunos críticos es su obra culminante porque en ella se cuenta, en poco más de cien páginas, una historia en la que se mezclan muertes, suicidio, traición..., con el análisis de un tipo desagradable y ocioso: el rico del pueblo. En esta novela aparecen algunos de sus temas básicos de entonces como la incomunicación de los hombres, amor y odio, imposibilidad de huir y la crueldad de sus protagonistas. La obra tuvo un notable éxito editorial y significó su afianzamiento como escritora.

En esta tierra, aparecida en 1955, aunque presentada en 1949 al Nadal con el nombre de *Las luciérnagas* (cuya versión original aparece en 1993), se centra en uno de los temas preferidos de Ana María Matute: la pérdida de la inocencia y la irrupción de los adolescentes en un mundo de adultos amenazado por circunstancias extremas, como es el caso de la guerra civil. El título hace referencia a esos pequeños seres vivos que parece que vagan desorientados, como su protagonista, Sol, una chica tímida, sin demasiadas amistades, que de repente tiene que comportarse como una mujer fuerte.

Los hijos muertos (1958) es la novela más extensa y ambiciosa de la autora. Con ella se aproxima a la realidad históri-

ca de España para ofrecer, a lo largo de dos generaciones, un amplio panorama de la guerra y de la posguerra, de la lucha sangrienta entre los dos bandos y de las secuelas que deja en los vencedores y vencidos, y en los hijos de unos y otros, testigos prematuros de la muerte y la destrucción, condenados a una trayectoria vital frustrada de antemano.

Instalada ya en una postura decididamente crítica, Ana María Matute empieza a escribir en 1959 la trilogía *Los mercaderes* que completará en unos diez años. Integrada por *Primera memoria* (1959), *Los soldados lloran de noche* (1963) y *La trampa* (1969), gozó de un gran éxito en su época. Con tintes autobiográficos, vuelve a tocar el tema de la guerra civil a través de su protagonista, Matia (que aparece en el primer y tercer libro), la cual evoca unos meses de su vida adolescente durante la contienda. Suele considerarse que, con este conjunto, llega a su cenit la carrera de la novelista barcelonesa.

Con *La torre vigía* (1971) la novelista elige la ruta de una fantasía poética que encubre verdades profundas. Enmarcada en la Alta Edad Media, en una atmósfera imprecisa y misteriosa, es una novela de aprendizaje, escrita en primera persona, en la que vemos cómo un adolescente que se inicia en el mundo caballeresco va recorriendo el camino de perfección que conduce a su meta. Figura clave es el vigía de la torre del castillo de Mohl, que le alecciona en la filosofía del desprendimiento.

Mucho tiempo después, Ana María Matute reaparece con una extensa novela que tenía escrita desde hacía años y que por fin se decide a revisar: *Olvidado rey Gudú* (1996). Con fantasía desbordante, narra la creación, apogeo y desintegración de un fabuloso reino medieval en cuyo intrigante devenir intervendrán la astucia de una niña sureña, la magia de un viejo hechicero y las reglas del juego de una criatura del subsuelo. En este «inmenso cuento de hadas» subyace una verdad universal, perfectamente válida en nuestros días, que es que las relaciones humanas están presididas por los mismos instintos violentos que vemos en la fábula.

Después vendrán *Aranmanoth* (2000) y *Paraíso inhabitado* (2008). La primera es una novela de iniciación a la vida y al amor, protagonizada por un muchacho casi mágico, hijo del Señor de Lines y de un hada de las aguas. Ambientada en una Edad Media (el mismo universo de las dos novelas citadas anteriormente) ensombrecida por guerras infinitas, Aranmanoth parte en busca de su destino, alejándose de los demás mortales y obedeciendo a misteriosas señales de las hojas de los árboles o de los pájaros que atraviesan el cielo. Aranmanoth y su amada Windimanoth se dirigen hacia la tierra prometida de su infancia buscando la plenitud. En ese viaje por las tierras simbólicas de una Edad Media mítica y sensual, aprenderán que la belleza y el amor encierran dolor y que la realidad está siempre al acecho de los deseos y los sueños.

Paraíso inhabitado, para algunos una auténtica obra maestra en su trayectoria narrativa, comienza con las estremecedoras palabras de su protagonista: «Nací cuando mis padres ya no se querían». Es el recuerdo de su infancia, en la que ella, Adriana, se crea un paraíso propio poblado por amigos imaginarios y una familia de su elección. Esta felicidad a medida se ve perturbada cuando debe iniciar su vida esco-

lar y entrar definitivamente en el mundo de los adultos, un entorno que le resulta ajeno y hostil. Pero siempre queda un refugio bajo las relucientes estrellas escondidas en los cristales de la lámpara de salón.

Las novelas de Ana María Matute no están exentas de compromiso social, si bien es cierto que no se adscriben explícitamente a ninguna ideología política. Partiendo de la visión realista imperante en la literatura de su tiempo, logró desarrollar un estilo personal que se adentró en lo imaginativo y configuró un mundo lírico y sensorial, emocional y delicado. Como dice Alicia Redondo, «la autora, a lo largo de sus novelas y cuentos, se ha propuesto, consciente o inconscientemente, ser la voz de los silenciados y dar cuenta de todo su dolor y para ello ha elaborado una obra de ficción que encierra un mundo imaginario propio y, a la vez, es una inestimable crónica de la terrible época que le tocó vivir».

Por otra parte, desde los primeros años hasta la etapa más reciente, una buena parte de la obra de Ana María Matute pertenece a la modalidad de *narrativa breve*, que algunos críticos han valorado por encima de sus novelas. El estilo poético de su obra se impone más decididamente en los cuentos, propiciado sin duda por la especial intensidad que exige el género. Frente a los enfoques realistas de sus narraciones extensas, las cortas se mueven a menudo en las coordenadas de lo irreal y fantástico.

Las narraciones breves de Matute confirman su dominio en ese campo, su virtuosismo en el manejo de los elementos narrativos elementales y la sutil técnica en el uso de la intriga.

La autora tiene un especial interés por los niños, hacia los que muestra un comprensión y una ternura sin límites. Sabe tocar la fibra emotiva del lector al mostrar el sufrimiento de esas criaturas inocentes de una sensibilidad a flor de piel incompatible con la realidad de los adultos. En torno a ellas suele rondar la sombra de la muerte. Otro colectivo muy querido de Ana María Matute es el de las pobres gentes que viven humildemente resignadas a su suerte. Recurre casi siempre a los escenarios rurales con los que entró en contacto en sus primeros veraneos en Mansilla de la Sierra, transformada en la ficción en Artámila. Le atraen los escenarios pueblerinos sórdidos, brancos. No es raro hallar en sus cuentos al «bueno» y al «malo». El primero, pobre, humilde, sufrido; el otro, no tan pobre, endurecido, egoísta, representante de una burguesía con carrera o dinero.

Su primer libro de relatos es *Los niños tontos* (1956), un bello conjunto de breves estampas poéticas, de prosa impresionista, en las que funde el más delicado lirismo con la más alucinante fuerza trágica. Los niños a los que alude el título son los niños a los que nadie se atreve a mirar, los que son diferentes por su aspecto físico o por su interior, los niños que ven el mundo con otro espejo que no es el nuestro. Las veintuna historias brevísimas que contiene este libro son como las vidas, también cortas, de esos veintinueve niños y niñas que nunca crecieron y que se quedaron para siempre con esas caras y esos cuerpos estrenados en la infancia.

Vienen luego otras colecciones, también en la línea poética, pero con mayor desarrollo de los elementos narrativos y del diálogo, hasta alcanzar alguna vez los límites de la

novela corta: *El tiempo* (1957), trece relatos entrelazados por los dramas humanos que reflejan: familias humildes, niños y adolescentes que viven en un mundo de adultos, adultos que no comprenden el mundo de los niños...; *Historias de la Artámila* (1961), cuyos relatos se centran, especialmente, en el amor a los niños más desvalidos, a los que tanto se les arremete cuando son la verdadera esperanza de un mundo mejor; *Tres y un sueño* (1961), volumen que se compone de tres relatos en los que Ana María Matute introduce en su obra y reaviva en la literatura española las narraciones fantásticas que tanto juego habían de dar en años sucesivos; *El arrepentido y otras narraciones* (1961) y *Algunos muchachos* (1964), que suele considerarse la de mayor interés. En ella, según Alicia Redondo «nos habla de niñas malas y buenas a la vez, y de buenos y malos muchachos, víctimas-verdugos de los adultos que llevan dentro de sí mismos todos los mundos del mundo».

Años más tarde, en *La Virgen de Antioquia y otros relatos* (1990), recoge un cuento nuevo junto a otros ya publicados. El libro *El árbol de oro y otros relatos* (1995) con personajes e historias diferentes, tiene un tema dominante: la pobreza. *Casa de juegos prohibidos* (1997), contiene una selección narrativa sobre historias de niños destrozados por la guerra. Finalmente, el volumen *La puerta de la luna* (2010) incluye, además de cuentos, escritos cortos y artículos periodísticos, que escribió para la revista *Destino*, algunos de ellos hermosos relatos. Son textos publicados entre 1947 y 1998.

A partir de 1961, Ana María Matute publica en la revista «Destino», bajo el título *A la mitad del camino*, una serie de estampas en las que rememora, con nostalgia agri dulce, episodios de su niñez en Mansilla. Luego se reúnen en un volumen: *El río* (1963). Estas breves narraciones líricas se aproximan mucho a los cuentos, con la particularidad de que están tejidas con materiales autobiográficos.

La autora ha escrito, además, numerosas narraciones destinadas a los niños: *El país de la pizarra* (1956); *Paulina, el mundo y las estrellas* (1960), que representa una elegía a la bondad e inocencia de la niñez; *El saltamontes verde y El aprendiz* (1961), dos historias para niños y menos niños contadas a la antigua usanza; *Caballito loco* (1961); *Carnavaliito* (1961); *El polizón de Ulises* (1964); y *Solo un pie descalzo* (1983). Una de las características más señaladas de estos cuentos es la de los finales felices que contrastan con la nota trágica y pesimista con que se rematan el resto de las obras. Los personajes sufren también graves carencias pero al final acaban resolviéndose ya que la autora cree que esta clase de libros han de abrir el camino a la esperanza y apuntar hacia un mundo mejor.

Después de este breve recorrido por la trayectoria narrativa de Ana María Matute, poco nos queda que añadir como conclusión de su obra que, afortunadamente, no está terminada porque ella continúa activa y bien activa. En todo caso, y teniendo en cuenta todo lo que se ha publicado sobre ella con ocasión del Premio Cervantes, decir que en esa obra ha sido consecuente con el camino que emprendió en sus inicios: «contar la realidad, con lirismo extraordinario, a través de la fantasía y de sus propios recuerdos».